

deoca y Arista, lo fueron en Dolores; Xicotencatl, coronel de San Blas, descansa en un nicho de San Fernando, trasladado allí por los cuidados patrióticos de Mariano Bárcena; los héroes de la Independencia, en un sótano de la Catedral; D. Lucas Alaman y el coronel José Calderon, en la Iglesia de Jesús. . . .

¿No podría con todas estas tumbas dispersas fundarse un panteon nacional?

Suponed, y esto no es mas que una suposición, un templo de naves anchas, de bóvedas elevadas, y que allí, apoyados en sus muros, se vean los túmulos de Juárez, de Ocampo, de Miguel Lerdo, de Leandro Valle, de Zaragoza, de Hernandez y Hernandez, de Arteaga y Salazar, de Degollado, de Xicotencatl, de Gorostiza, de Peñúñuri, de Martínez de Castro, de Cano, de Aleman y Comonfort; y allá en el centro, bajo la cúpula cubierta por frescos debidos á pinceles mexicanos y que recuerden las glorias patrias, se levante, en grandioso y ático mausoleo, el depósito definitivo de los restos de los héroes de 1810.

Ese Panteon Nacional seria la consagracion del culto á la Patria. Estímulo á la vez que recuerdo, serviria de enseñanza viva y recordaria las glorias nacionales, como el *Westminster* de Lóndres y la *Santa Croce* de Florencia.

NECROLOGIA.

Entre las tumbas banales que el año presente abrió, hay algunas que es preciso registrar. La poesía, la amistad, la patria y el arte, lo exigen.

JULIO ESPINOSA.

Un poeta que muere joven, y cuando la felicidad le abre las puertas de su imperio de ilusiones realizadas, es una página triste y preñada de lágrimas para los que quedan. Por eso la muerte de Julio Espinosa fué un rayo para sus amigos. Acababa de proponer en la tribuna de la Cámara la instruccion obligatoria, el teatro le habia dado aplausos resonantes, sus últimos versos respiraban pasion, y la prometida de su alma le esperaba ya en un hogar que iba á ser el templo de sus amores inmortales. . . . Vino la muerte y lo hirió. Las flores se marchitaron en el hogar, los cirios dejaron caer pálidos y yertos los azahares que los adornaban, repercutió en el fondo de nuestra alma, algo como el chasquido de una lira que estallaba, y vimos un instante negro y entoldado el horizonte de la vida.

El destino se habia mostrado cruel una vez más. Habia muerto algo superior á un sér humano, habia muerto una esperanza.

ALBERTO ZAFFIRA.

Era artista por vocacion y cultura, era comerciante por ley ineludible de la suerte.

Alberto Zaffira llegó á México en 1869, y sus inclinaciones lo llevaron á buscar el trato íntimo de los que pensaban. Muy pronto su nombre figuró en los programas de las veladas literarias de la antigua Sociedad Filarmónica Mexicana, y sus *bocetos* en las exposiciones de nuestra Academia Nacional de Bellas Artes.

Tenia una cualidad dominante que sus amigos explotaban para bromear con él: su profundo amor á la tierra natal. En este punto

era intolerante, él, que era tan bueno, tan generoso y á cuyas puertas no tocó nunca en vano la desgracia y la miseria.

Lo hirió la muerte en la plenitud de la vida, momentos ántes de ir á Italia á besar á su madre anciana, quizás para acompañarla en sus postreros días.

Zaffira, sin embargo, no dejaba sin sentimiento esta tierra mexicana con cuyas costumbres se habia identificado. El veia las cosas del país como suyas. Una vez, en 1876, volviendo de un corto viaje á Europa, se encontró como pasajero en el tren que el coronel Letechipia resistió con 90 zapadores á tres mil enemigos; Zaffira trajo el supremo adios de aquel heróico oficial á su familia.

El dulce y modesto poeta italiano fué víctima de una aneurisma que la imbecilidad de un gendarme confundió con un vulgar accidente.

Murió en una Comisaría léjos de los suyos, y cuando más ajenos estaban sus amigos, que acababan de despedirse de él para el día siguiente, de que la muerte lo sorprenderia traidoramente. El 5 de Mayo su cadáver bajó á la fosa entre lágrimas sinceras, único tributo que suele darse en la extraña tierra á los corazones llenos de bondad y á los hombres leales y honrados.

ESTANISLAO CAÑEDO.

El Sr. Cañedo era un espíritu ilustrado y caballeroso, sus largos viajes á Europa, su estancia en Paris al lado de D. Manuel M. de Olaguibel, le habian dado una cubierta aristocrática; pero su corazon siempre fué republicano y liberal. Amaba la libertad y siempre se inclinaba al lado de la justicia, lo mismo en la vida parlamentaria que cuando tuvo que defender á su patria agredida por la prensa extranjera.

De abolengo ilustre, su nombre era considerado en Jalisco, y la República perdió en él á un hijo patriota y á un leal y desinteresado servidor.

JUAN JOSE BAZ.

(Colaboracion.)

Se representaba en el Teatro Nacional la bellissima ópera de Halevy, "La Judía," ante la sociedad mexicana congregada en aquel suntuoso recinto. El tercer acto terminaba, y al caer el telon resonó un aplauso estruendoso, que fué detenido repentinamente como por un hálito de muerte. Las manos se bajaron en silencio, los rostros palidiecion, y una conmocion eléctrica pareció recorrer la sala conmoviendo profundamente á aquella multitud. Una noticia lúgubre y pavorosa, que se comunicaba de boca en boca, habia operado aquella trasformacion. Juan José Baz acababa de morir, víctima de una afeccion cardíaca inesperada y violenta. Los amigos íntimos del venerable muerto se trasladaron á su habitacion, Callejon de Santa Clara número 10, y pudieron contemplar tibio todavía el cadáver del reformista y batallador inquebrantable, pálido y exánime, pero conservando siempre en su frente espaciosa, el sello de aquel carácter firme, enérgico y audaz, que fué el azote del partido del retroceso en los momentos de lucha, y su generoso protector en los momentos del triunfo. Desde ese instante todos los hombres del movimiento político é intelectual de México, no cesaron de ir á rendir el último tributo de respeto y de estimacion á los restos inanimados del anciano republico, y todas las clases sociales concurren enlutadas á darle el último adios y á sentir el corazon oprimido ante el cuadro conmovedor de una familia honorable por todos conceptos, atribulada de quebranto y de pena, bajo el peso de tan inmensa desgracia.

El día siguiente era domingo, y el lunes á las once de la mañana, la Cámara de Diputados, á la que pertenecía Baz, celebraba una sesion extraordinaria para decretar los acuerdos, que fueron propuestos por el que estas líneas escribe y aprobados por unanimidad, y en un silencio pavoroso é imponente.

Hé aquí el acta de dicha sesion:

SESION EXTRAORDINARIA DEL DIA 24 DE OCTUBRE DE 1887.

Presidencia del C. Justino Fernandez.

“Con el número competente de ciudadanos diputados, se abrió la sesion.

“Acto continuo, el ciudadano secretario Rodriguez Riverá manifestó: que tanto el señor Presidente como los secretarios de la Cámara, han creido interpretar los sentimientos de la Asamblea de Representantes, convocándola á una sesion extraordinaria para participarles el fallecimiento de uno de sus más ilustres miembros, el Sr. Juan José Baz, y ver cuáles son los honores póstumos que para honrar su memoria tiene á bien decretar.—Que con este objeto va á darse cuenta de las proposiciones que han presentado varios ciudadanos diputados.

“Dichas proposiciones, suscritas por los CC. Justino Fernandez, Búlnes, Rodriguez Rivera, Rosendo Pineda y otros 18 diputados más, están concebidas en estos términos:

“1ª En señal de duelo por la muerte del ciudadano diputado Juan José Baz, se suspenderá la sesion ordinaria de hoy.

2ª Se solicitará de la familia el permiso para trasladar el cadáver

á esta Cámara, de donde saldrá el cortejo fúnebre, mañana á las tres de la tarde.

3ª Por tres dias se enlutarán las tribunas de la Cámara y el pabellon del edificio se izará á media asta.

4ª Los gastos de funerales del C. Baz, se harán por la Nacion, con cargo á la Partida núm. 38 del Presupuesto de Egresos vigente.”

“Consultada la Cámara si las tomaba desde luego en consideracion, resolvió por la afirmativa, y puestas á discusion, sin ella se aprobaron sucesivamente en votacion económica.

“La secretaría anunció que la Mesa habia nombrado en comision para arreglar todo lo relativo á los funerales, á los CC. Gochicoa, Ita, Flores Luis, Michel, Castelló, Vazquez Francisco, Herrera Rafael y prosecretario Castellanos José Maria.

“Se suspendió la sesion, miéntras la Comision encargada de solicitar de la familia el permiso respectivo para trasladar al Salon de sesiones el cadáver del señor diputado Baz, iba á desempeñar su cometido.

“Al regreso de ella, se abrió nuevamente la sesion, y el C. Castellanos informó que la familia del finado habia encarecido á la Comision, que á su nombre hiciera presente á la Cámara su profunda gratitud por los honores que habia tenido á bien decretar al Sr. Baz, añadiendo que el cadáver quedaba á disposicion de la Cámara para que ella determinase su traslacion á la hora que lo juzgara más oportuno.

“A continuacion la secretaría anunció que quedaban nombrados como oradores los señores diputados Prieto Guillermo, Mateos Juan A. y Búlnes Francisco; y para acompañar el cadáver del Sr. Baz á su última morada, á los CC. Vazquez del Mercado, Mejía Francisco, Ibarra Ramos y secretario Gamboa.

“En seguida el C. Michel propuso que la Cámara nombrase una

Comision que participara al Senado el fallecimiento del Sr. Baz; invitándolo para que á su vez nombre una Comision que en representacion de ese alto Cuerpo, concurra á los funerales:

“Aprobada sin debate dicha mocion, se nombraron para el desempeño de ese encargo, á los CC. Herrera Rafael, Mendez Miguel, Valenzuela Jesus E., Santa Fé, Rivera Teodoro y secretario Pimentel.

“El ciudadano secretario Rodriguez Rivera, á nombre de la Mesa, encareció á los señores diputados se sirvieran asistir en lo particular al acto de los funerales, que como está acordado por la Cámara; se verificarán el dia de mañana á las tres de la tarde.

“En seguida se dió cuenta con la presente acta que sin discusion fué aprobada.”

EN EL SENADO.

Los senadores Castañeda, Leiva, Castellanos Sanchez, Enriquez y Villada presentaron una proposicion á fin de que fuese enlutado durante nueve dias, el Salon de Sesiones de la Cámara de senadores, en memoria del Sr. Diputado Juan José Baz.

Daremos un extracto de lo que el Sr. Castañeda dijo para fundarla:

“Señor:—El partido liberal está de duelo por la muerte de uno de sus miembros más esclarecidos.

“El Sr. Juan José Baz ya no existe; pero á todos nos consta que consagró los últimos cuarenta años de su vida al servicio de la democracia y de la República, habiéndole prestado el valioso auxilio de su saber y de su brazo, en las épocas de mayor conflicto: el nombre de Baz va ligado al de México, tanto en sus glorias como en sus infortunios: su valor sin sombra, su energía y su inquebrantable fé

en el triunfo y consolidacion de los principios liberales, hicieron de aquel ciudadano una personalidad que nos pertenece, porque supo conquistarse nuestra admiracion y nuestro respeto.

“Baz lleva á la tumba este bellissimo lema: “*Fides inter fideos*,” y por cierto, que llegándolo á poseer con justo título, podria enorgullecerse con él cualquier hombre, cualquiera familia, cualquiera pueblo.

“Nuestro cariño hácia Juan José Baz, apénas puede medirse por el odio con que le distinguieron siempre sus enemigos políticos; y le seguirá al sepulcro ese villano sentimiento si nosotros no nos anticipamos en cortarle el paso, dando á su memoria un público testimonio de que somos solidarios de sus ideas, y que uno de los altos cuerpos del Estado, á nombre de la Nacion entera, rinde un homenaje de gratitud á un ciudadano distinguido. Otorgamos así un premio á las virtudes cívicas de nuestro amigo y de nuestro correligionario, y provocamos en los que viven, una noble emulacion para seguir su ejemplo.”

La proposicion fué aprobada por unanimidad.

A las cinco de la tarde y en lujosísimo ataud, era trasladado al recinto de la Cámara trasformada en capilla ardiente, y acompañado de una gran comision del Poder Legislativo y de la Prensa, el cadáver de Juan José Baz, y depositado en suntuoso catafalco levantado en el centro del Salon de sesiones. Desde ese momento, una guardia de honor, compuesta de dos diputados y dos periodistas que se turnaban de hora en hora, velaron el cadáver hasta su traslacion al Cementerio frances de la Piedad.

A las ocho de la noche el Sr. Presidente y sus Ministros, llegaban á las puertas del Palacio Legislativo, y ocupando los asientos de honor, asistian á la velada fúnebre organizada por la Prensa, como un homenaje del partido liberal, al que fué su espíritu y su brazo en la

gran batalla que tuvo que sostener, ántes de alcanzar el predominio á que estaba destinado por el papel que debía representar en el porvenir y el progreso de México.

A las tres de la tarde del miércoles, bajo la presidencia del Gral. Díaz, la Cámara de Representantes se despedía de su compañero por medio de la palabra conmovida y temblorosa de Guillermo Prieto, la apasionada de Juan Mateos y la vibrante y avasalladora de Pancho Búlnes que lograba romper el hielo del dolor y hacer prorumpir un grito unánime de aplauso y aprobacion. La ovacion de despedida fué el monumento construido con lava de nuestras conmociones políticas y populares, eterno é indestructible, bajo el que descansarán tranquilos los restos inanimados del constante defensor de las libertades públicas.

La procesion fúnebre fué inmensa y solemne, y á las cinco de la tarde bajaba á la fosa aquel cadáver, cuando una lluvia inesperada, acompañada de relámpagos y truenos, cernía la última tempestad sobre aquel que fué una tempestad en su vida consagrada al progreso de la Nacion.

Todos los periódicos liberales enlutaron sus columnas y publicaron artículos necrológicos, que forman la corona de inmortales que cubre y cubrirá siempre, como lápida de mármol, aquel puñado de tierra.

RAMON RODRIGUEZ RIVERA.

MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO.

En los momentos en que leía yo una carta de pésame firmada por Manuel Alvarez y que habia llegado por el correo de la mañana, llegó Manuel Puga visiblemente conmovido, é interrumpiéndome, me

dijo: "Alvarez del Castillo ha muerto ayer." El golpe no podía ser más rudo.

Una rápida congestion pulmonar llevó al sepulcro al amigo sincero y leal, al hermano en ideales, y cuyo espíritu reposado y sereno no parecia tener 22 años.

Dominaban dos pasiones á Manuel: la de la lectura y la de tender la mano á la desgracia.

Su vasta erudicion le habia conquistado un puesto entre los hombres pensadores; su estilo galano y fácil, adquirido con el roce familiar de los prosistas franceses, lo habia colocado en un puesto señalado entre los escritores, y sus prendas personales y sus bienes de fortuna y antecedentes de familia, le abrian paso en el mundo social.

Todo podiamos prever sus amigos, ménos su muerte.

No fué, pues, sino con las lágrimas en los ojos, como instado por Puga envié para la corona fúnebre del amigo querido, del jóven y malogrado editor de la *República Literaria*, los siguientes versos:

Era su Musa juvenil la alondra
del canto matinal, la muerte fria
al robar de sus párpados la lumbre,
recogió la postrera melodía
de sus ecos de amor. A la sombría
region á donde van los que nos dejan
se fué arropado entre la gasa pura
de la luz, de la fé, de la ternura.

Dichosos los que pasan los umbrales
de la existencia, en el lindero mismo
donde acaban los goces y comienzan
las espinas, las rocas, el abismo;

que ni huérfanos lloran, ni la muerte
sienten sembrar en torno á sus hogares,
y su último suspiro se confunde
con la estancia final de sus cantares.

¡Envidiable morir! La tumba casta
ávida de su presa

arrúllalos con flores de inmortales;
no la encina viril, ni los laureles
su cuerpo cubren, sino el tibio lampo
de las luces del sol primaverales.

¡Dormiste al fin entre la veste pura
que ahuyenta de sus pliegues la tristeza!...

¡Los que quedamos, ay, te seguiremos
no de rosas y pámpanos ceñida,
mas de crueles espinas, la cabeza!

IGNACIO CUMPLIDO.

Si la gratitud, si los recuerdos de nuestros principios en la vida literaria ó de nuestros días en la tierra extranjera, no fuesen suficientes para llevarnos á llorar ante la tumba del decano de la prensa mexicana, bastaríanos los ejemplos de su vida.

Don Ignacio Cumplido atravesó la patria terrenal que le cupo al nacer, ejerciendo la filantropía y obedeciendo al más acendrado patriotismo.

Hombre de una actividad extraordinaria y de un temple moral á toda prueba, salido de las filas del pueblo, era uno de esos nobles plebeyos que cimentan y enseñan la democracia práctica con el ejemplo de sus acciones.

Obrero, fué el hermano de los suyos; capitalista, compartió el producto de su capital con sus obreros. Editor, tendió una mano generosa á todos los talentos, inició y publicó los primeros periódicos literarios é ilustrados de México, allá cuando Prieto, Pesado, Orozco y Berra, Payno, Franco, Gonzalez Bocanegra y Roa Bárcena, eran muy jóvenes.

En los setenta y seis años que tuvo de existencia material el Sr. Cumplido, realizó y llevó á cabo obras morales y trascendentales inmensas. No brillará sobre su tumba la corona del poeta ni del polemista; pero la patria mexicana podrá inscribir que adelantándose á su tiempo amasó el dinero, no para gozarlo, sino para esparcirlo en provecho de la tierra natal, de la inteligencia, del pobre, del arte tipográfico, de la emulacion al trabajo, de las ideas liberales y reformistas.

Dos hechos son culminantes en la vida del Sr. Cumplido. El fué el primero que instituyó una escuela tipográfica. El arte de la imprenta le debe lo que es en México.

Anoche, al saber su muerte, releíamos con las lágrimas en los ojos la carta que él nos escribió desde Paris en 1882, cuando publicábamos en Madrid nuestro folleto sobre la creacion de un Instituto Tipográfico en México, carta no solo llena de consejos, sino que refería los comienzos inspirados en la más levantada de las filantropías, de esa imprenta del *Siglo XIX* que fué la primera escuela seria y práctica de nuestros artistas tipógrafos.

El otro hecho es la fundacion de ese periódico que fué como el alma de su vida, de esa hoja diaria que redactaron La Rosa, Gómez Pedraza, Zarco, Gómez Farías, y en cuya seccion literaria aparecieron radiantes la pluma de Altamirano y la musa tierna y galana de Luis G. Ortiz. Ese periódico, y esto debe decirse para gloria de su fundador, dió siempre la pauta de la discusion levantada é imper-

sonal. Era que en *El Siglo* se reflejaba el generoso carácter de Cumplido.

Paladin de las libertades patrias en el estadio de la Prensa, amigo bondadoso, amparo paternal de los desgraciados, consejero de los jóvenes, sin una sombra de egoísmo en su carácter, ni una amargura en medio de sus decepciones, el Sr. Cumplido baja hoy á la tumba llorado sinceramente.

Sobre su sepulcro podía inscribirse: "Realizó el bien é inició el progreso. Defendió la libertad y amó á la patria."

Habrán muchos que lo sientan y lloren, pero no tanto como nosotros, nosotros, que si no creemos prematura su muerte porque llegó á los límites de la existencia humana, si la creemos irreparable, porque raros son, muy raros, los seres que hasta los linderos mismos del sepulcro llegan animados de la fé que encendió los ideales en la alborada de su juventud.

EL PADRE FISCHER.

Hé aquí un nombre histórico, un nombre mezclado á todas las intrigas del segundo imperio mexicano y que los historiadores han citado de diversos modos y con distintos calificativos. El padre Fischer ha muerto de humilde cura en la parroquia de San Cosme, probablemente sin más ilusiones que las de acabar sus días en el reposo y la tranquilidad más absoluta.

Yo lo traté con alguna intimidad en París, cuando se dió á coleccionador de estampas y grabados. Alto, robusto, calmado al hablar, parecía, ó más bien aparentaba parecer un insignificante. No hablaba entonces de la tentativa de un imperio en México, al menos con los que suponía liberales, sino cuando se acercaba el 19 de

Junio, aniversario de la muerte de Maximiliano, día en que oficiaba en la iglesia bizantina y moderna de San Agustín, y la misma escogida por los bonapartistas para conmemorar el aniversario de la muerte de Napoleón III. Sin embargo, el padre Fischer tenía la discreción de no invitar á esa ceremonia á los netamente republicanos, y entonces habíamos muchos de nuestro país en aquella gran capital.

De su influencia en los acontecimientos que determinaron en el primer semestre de 1867 la muerte de Maximiliano, juzgará la historia imparcialmente. Lo único que se puede asegurar es que la corte de Viena no lo vió despues con agrado en sus dominios, tal vez porque lo creía poseedor de secretos importantes relativos á Hungría, con cuya corona soñó, quizás fundadamente, el infeliz Archiduque.

Se dijo en un tiempo que el padre Fischer habia comenzado su carrera eclesiástica en nuestros Estados fronterizos; pareciólo demostrar su talla, su robustez y aun su modo peculiar de pronunciar el castellano.

Se agrega que hacia caridades á manos llenas. Es lo más probable; esos hombres que en el terreno de la política no miran vallar ninguno á sus ideas, son las más veces bondadosos en el trato íntimo.

De todos modos, con el fallecimiento del padre Fischer ha desaparecido una curiosa é importante figura histórica. Era, además, un erudito bibliófilo y un modesto pero competente conocedor en materias de arte.

* * *

La muerte ha sido incansable en este año. La última víctima de esa gran segadora ha sido el Sr. obispo de Puebla, MORA Y DAZA.

El Sr. Mora, despues de una brillante carrera escolar en la que fué condiscípulo de Don Sebastian Lerdo de Tejada, ocupó en la Iglesia católica mexicana los altos puestos de obispo de Jalapa y de Puebla. Lo distinguió siempre, además de su gran erudicion y sus verdaderas virtudes evangélicas, un espíritu de cristiana tolerancia.

La Cámara popular perdió tambien entre sus miembros al Sr. D. VÍCTOR PEREZ, miembro que fué del Congreso Constituyente; y entre las filas de los jóvenes, á RICARDO MORENO, y por último, al Sr. PARDO, recientemente electo por un distrito del Estado de Hidalgo.

Amigos tambien muy queridos se nos han ido en este año: aún están recién abiertas las fosas de MANUEL ALVIREZ GONZALEZ, liberal intachable y partidario modelo de lealtad en el suelo michoacano, y la de MIGUEL MENESES allá en el fondo de la India inglesa, y . . . las de tantos otros



EL BUSTO DE ACUÑA.



ACUÑA es un gran poeta, dirán los que registren más tarde nuestra historia literaria; fué un verdadero poeta que tomó á lo serio su genio sobre la tierra, decimos los que presentimos su martirio y palpamos su agonía.

La historia de ese martirio y de esa muerte, la ha recogido y consignado Juan de D. Peza, en un artículo reproducido hasta la saciedad en los periódicos de la América del Sur. Es la verdadera, pero entrevelando detalles que ninguno de los amigos de Acuña debia librar á la publicidad. Cuando más, esos detalles podrían figurar en las memorias póstumas de Peza, de Ortiz, de Garza ó mias. De modo que esa fantasía brillante que sobre Acuña hizo Adalberto Esteva en las columnas del *Nacional*, fué una fantasía hecha de oídas; cuando Acuña murió, Adalberto era todavía muy joven, creo que casi niño.